



Delacre, Georges



El dilema deontológico de la ciencia

Revista de Filosofía y Teoría Política

1986, no. 26-27, p. 234-238

Este documento está disponible para su consulta y descarga en [Memoria Académica](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar), el repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata**, que procura la reunión, el registro, la difusión y la preservación de la producción científico-académica éditada e inédita de los miembros de su comunidad académica. Para más información, visite el sitio

www.memoria.fahce.unlp.edu.ar

Esta iniciativa está a cargo de BIBHUMA, la Biblioteca de la Facultad, que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados. Para más información, visite el sitio

www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar

Cita sugerida:

Delacre, G. (1986) El dilema deontológico de la ciencia. Revista de Filosofía y Teoría Política (26-27), 234-238. Actas del V Congreso Nacional de Filosofía. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.1302/pr.1302.pdf

Licenciamiento

Esta obra está bajo una licencia *Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina de Creative Commons*.

Para ver una copia breve de esta licencia, visite

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>.

Para ver la licencia completa en código legal, visite

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode>.

O envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.

El dilema deontológico de la ciencia

Georges Delacre

Desde la antigüedad se reconoce la tensión y hasta oposición existente a veces entre las ciencias y las humanidades, o más generalmente entre la búsqueda del saber y el ideal de la vida buena. En terminología más técnica aunque pedante podría hablarse de antinomia entre el orden epistemológico y el orden estético. O de conflicto entre razón y entendimiento por un lado y sensibilidad y sentimiento por otro. También de la dificultad de reconciliar la objetividad con la subjetividad. En fin, hay muchas maneras de describir o nombrar las distintas facetas de una oposición que en el fondo es única e iniciática, y por tanto sin duda antiquísima, pero que en virtud de los rápidos progresos científico-técnicos de tiempos recientes frente al relativo estancamiento de la sensibilidad, la moral y el derecho ha originado graves problemas contemporáneos como los suscitados, por ejemplo, por ciertas aplicaciones de la física nuclear y de la ingeniería genética.

Adoptando el punto de vista del científico —en particular, más no solamente, del dedicado a las ciencias naturales— podría hablarse, como sugiero en mi título, de su dilema deontológico, formulable en términos de la lógica tradicional como sigue:

Si el científico es estrictamente objetivo, entonces es inhumano, y si no lo es, entonces es infiel a su propósito. Pero tiene que ser objetivo al buscar la verdad, o bien renunciar a su búsqueda si deja interferir factores subjetivos. Por tanto, en ambos casos se expone a la crítica ajena o a los cargos de conciencia.

Desde luego, como es sabido, este tipo de argumento es más retórico que lógico —pero es justamente en el terreno retórico que suele atacarse a la investigación científica, y por otra parte intentaré mostrar que el dilema puede resolverse adoptando una perspectiva que juzgo más razonable.

En este punto cabe hacer dos salvedades. Una, que tal dilema ciertamente no es una constante de la investigación científica sino que sólo se le presenta al científico ocasionalmente —así ha ocurrido históricamente— en casos particulares, sobre todo cuando se trata de una innovación o descubrimiento que tiene aplicaciones prácticas más o menos inmediatas con consecuencias que, en algunas de esas aplicaciones, parecen trastornar el

orden establecido, los usos consagrados o la vida cotidiana de la gente, incluso de un modo personal. Aún así, ello basta para que se trate de un problema muy serio. La otra salvedad es que la formulación que le dí al dilema es exagerada, naturalmente —con el propósito de destacar la oposición, rara vez, si acaso alguna, dada en su forma lógicamente pura.

Expresado de un modo más sencillo y concreto, el dilema deontológico del físico, del químico, el biólogo, etc., consiste en determinar qué obligaciones éticas tiene con la sociedad cuando advierte que el resultado de sus investigaciones o ciertas aplicaciones de las mismas tienen o pueden tener consecuencias perjudiciales para las personas. ¿Debe entonces ceder el imperativo de la búsqueda del conocimiento ante el perjuicio real o posible de individuos o grupos sociales? Merecerían un estudio detallado, por una parte, los casos conocidos del conflicto, muy numerosos y variados, para catalogarlos según el grado conflictivo, según su naturaleza y otros criterios más. Asimismo sería útil, por otra parte, estudiar la legislación y la jurisprudencia existentes sobre la materia. Pero semejantes observaciones de índole empírica arrojarían luz más bien sobre la ciencia aplicada que sobre la investigación pura y no pasarían de ser indicios de la normatividad con la que conviene regir esta última, cuyo terreno propio es el que me interesa en esta disquisición filosófica.

Para la cual me impongo otra restricción más: hasta aquí he presentado el dilema oponiendo indistintamente, aunque podrían diferenciarse, las exigencias éticas y las estéticas (término este último que uso en un sentido amplio) a las aléticas, lo que me propongo seguir haciendo conforme a la tradicional distinción y oposición entre la esfera racional y la esfera irracional, la objetividad y la subjetividad, el ser y la verdad que de él descubrimos al conocer, por un lado, y el valor y lo estimable que intuimos en las cosas o les atribuimos como valores, por otro lado.

Así es, precisamente —sin entrar por lo común en tales distinciones— como ha procedido siempre la llamada “anticiencia” en sus críticas a la gestión científica. Ataques a la ciencia que la acusan de producir efectos perversos, se remontan por lo menos a Grecia antigua, como nos recuerda Pierre Thuillier en un artículo reciente,¹ inspirado a su vez en un estudio de Richard Olson.²

Según ponen de relieve estos autores, ya Aristófanes en *Las nubes* y *Las ranas* se burla, en lenguaje cómico pero al parecer con intención de crítica profunda, de la ciencia o sabiduría de su tiempo según la representaba Sócrates, acusándola de contrariar no sólo la religión sino también las costumbres y los valores tradicionales. Actitud netamente conservadora, pues, enfrentada a la actitud progresista, habrá que decir, de la ciencia. Enfrentamiento que rebrota manifiestamente con el romanticismo, nos dice Thuillier, aunque de manera más sofisticada, pues Rousseau, por ejemplo, no critica ya los hallazgos de la ciencia, sino que hasta la elogia en cuanto enriquece los conocimientos humanos; lo que a Rousseau le preocupa son sus efectos socioculturales negativos. Que es justamente lo que le plantea el dilema al científico que no carezca de alguna sensibilidad moral cuando tiene entre manos una investigación potencialmente conflictiva.

Entre paréntesis, debo confesar que el hecho que llamó mi atención al tema y me puso a reflexionar sobre él fue el furor desatado en el mes de julio en torno al uso de la crotoxina.

¹ Pierre Thuillier: “Les origines de l’antiscience”, en *La recherche* Nº 174, febrero de 1986.

² Richard Olson: “Aristophanes and the antiscientific tradition”, in *Transformation and Tradition in the Sciences* (E. Mendelshon, ed.) Cambridge University Press, 1984.

Quizá sea un caso atípico de conflicto entre intereses humanitarios y gestión científica— a ésta se le pedía una acción positiva en vez de intentar detenerla— pero entre toda la algarabía resultaba claro que quienes insistían en el uso inmediato del presunto medicamento lo hacían impulsados por motivaciones emocionales que dejaban a un lado como irrelevantes las consideraciones objetivas del caso. En la polémica me pareció barruntar hasta implícitas encantaciones mágicas, y en todo caso brilló por su ausencia, en su expresión pública, el frío rigor de la objetividad científica. Mas no me sorprendería que algunos de los protagonistas profesionales del caso hayan sentido la tensión del dilema a que me refiero en carne propia, aunque acaso sin tener plena conciencia de ello.

La leyenda-mito del aprendiz de brujo ilustra bien el eterno conflicto (seudo conflicto, a mi juicio) entre el afán de saber, siempre impulsado por un ideal sobrehumano, y la vida cotidiana del hombre adherido a su condición terráquea y sus necesidades y valores vitales. Muchos hombres de ciencia lo sintieron; Thuiller cita unas palabras de Max Born, el físico, que declaraba escandalizado, en 1965— sin duda pensando en los experimentos de los campos de concentración nazis y también en la creación de la bomba atómica y su empleo en ciudades japonesas— su sentimiento de la oposición de la ciencia, gran conquista intelectual del hombre, a la historia y la tradición, y en consecuencia a la civilización. Cabe recordar también la preocupación y cargos de conciencia que manifestaron por esa época y por consideraciones afines hombres como Einstein y Oppenheimer. Lista que podría ampliarse con otros nombres de científicos conscientes del dilema en que los ha colocado el avance de la ciencia en los años más recientes en diferentes especialidades de la investigación.

Creo que la clave del problema reside en el concepto de objetividad y la indiscutible (a mi juicio) influencia que ejerce sobre la investigación científica el contexto socio-histórico en que ésta se halla insertada.

Por ejemplo, la polémica sobre la crotovina no hubiese ocurrido en el Berlín de hace un siglo (suponiendo un adelanto de la medicina pareja a la actual), como se dio en el Buenos Aires de 1986— por varias razones de índole sociológica que es innecesario enumerar. Y por ambiguo que sea el concepto de objetividad no cabe duda, si nos atenemos a la epistemología contemporánea dominante, que el método de verificación es central para definirlo.

Por un lado, coincido con Wright-Mills cuando escribe que “ha habido y hay diversos cánones y criterios de validez y verdad, y estos criterios, de los cuales depende en un momento dado la determinación de la veracidad de las proposiciones, están, por su parte, legítimamente abiertos, en su persistencia y cambio, a la relativización socio-histórica”.³ Esto es, la metodología de la investigación científica y de la verificación de los resultados que obtiene no es de ningún modo inmutable y ajena al contexto socio-cultural, y también es variable como lo son— aunque en mucho mayor grado— los criterios de lo que es saludable o valioso y hasta vital para el individuo y la comunidad. De tal suerte la relación objetividad-subjetividad, o la antinomia entre orden epistemológico y orden estético, y por consiguiente su conflicto y el dilema que le trae al científico, depende no solamente de las variaciones del segundo término de la relación sino también de las del primer término.

³ C. Wright-Mills, “Consecuencias Metodológicas de la Sociología del Conocimiento”, en Irving Louis Horowitz (ed.) *Historia y Elementos de la Sociología del Conocimiento* vol. I, p. 145 de la trad. española.

Dicho lo cual vamos llegando a la idea de que en realidad se trata de una falsa oposición, un conflicto en cierto sentido artificial, que no se funda en posiciones irreconciliables.

Muchos investigadores —afirma Wright-Mills— han indicado de qué manera los conceptos, como reflejo de los contextos sociales, pueden moldear indagaciones que aparentemente tienen libre campo de acción y están fuera del alcance de lo social”.⁴ Es decir que, en resumidas cuentas, en los casos en que se produce un conflicto abierto —casos infrecuentes en comparación con la predominante concordancia del rumbo de la ciencia, por lo menos desde el Renacimiento, con la opinión pública— tal conflicto no obedece a causas profundas, a una antinomia real, sino más bien a causas circunstanciales que en un momento dado hacen quedar en oposición diametral un particular fin del esfuerzo científico y determinados valores vigentes.

Por otro lado, la noción misma de objetividad que sirve generalmente de médula conceptual para definir la ciencia y su propósito, y que se ha constituido en el blanco principal del ataque de quienes impugnan la ciencia por su inhumanidad, los delegados de la anticencia, ese concepto de objetividad —digo— no debe entenderse ingenuamente como una renuncia a todos los valores —vitales, religiosos, estéticos— en aras de la búsqueda de verdades trascendentes. Tal interpretación es caricaturesca. Que pueden convivir la religiosidad, o el ímpetu vital, o la sensibilidad artística con el rigor científico en la investigación de una disciplina en un mismo espíritu lo ilustran muchos casos tan bien conocidos que es inútil mencionarlos. Que la imparcialidad, la abstención de hacer juicios de valor sobre el objeto mismo de la investigación no atrofian la moralidad, la capacidad estimativa, es algo que sólo casos de científicos patológicamente afectados —que por desgracia siempre hay— pueden haber puesto en duda... pero la excepción confirma la regla.

Para concluir me remitiré a Popper, con cuya epistemología coincido en muchos puntos.

En su “Teoría de la mente objetiva”,⁵ Popper analiza la noción de comprensión (*understanding*) y sostiene que es aplicable tanto a las especialidades científicas como a las disciplinas humanísticas —de las cuales sería el método característico según Dilthey y Collingwood entre otros. Rechaza esta teoría, afirmando que “Desde hace tiempo se ha puesto de moda detallar la diferencia entre la ciencia y las humanidades, lo cual ya es fastidioso. El método de resolver problemas, el método de conjetura y refutación, es practicado por ambos”.⁶ Popper encuentra varias similitudes entre el comprender la realidad natural por parte de las ciencias y el comprender al hombre y sus obras por parte de las humanidades, y tales coincidencias lo llevan a declarar que su método de indagación es, en el fondo, el mismo. Aceptada esta premisa, cabe argumentar que si la intención de objetividad existe tanto en la esfera axiológica como en la esfera gnoseológica o epistemológica —lo cual me parece indudable— y el método de indagación en ambas es, en el fondo, el mismo, la separación de una y otra y su ocasional antagonismo son causados por la diferencia de verificabilidad de los “hechos” que suele reconocerse en sus respectivos campos. Quiero decir que por lo común se considera más concretamente verificable —y por tanto más generalmente aceptable— un juicio científico (por ejemplo: fumar es nocivo para la salud) que un juicio de valor (por ejemplo: el divorcio es inmoral). O tam-

⁴ *Ibidem*, p. 148.

⁵ Karl R. Popper, *Objective Knowledge* The Clarendon Press, Oxford, 1974, Cap. 4.

⁶ *Ibidem*, p. 185.

bién podría decirse que es más difícil lograr un consenso sobre cuestiones éticas o estéticas —sobre las cuales todo el mundo se supone competente— que sobre los hechos y fenómenos de la naturaleza investigados por las ciencias, en cuyo terreno se reconoce la competencia exclusiva de los expertos.

Así, pues, si la intención de objetividad también existe en las esferas éticas y estéticas, y en el terreno humanístico la indagación no opera con un método en el fondo distinto del de la ciencia, podemos concluir que la objetividad no está reñida con la sensibilidad moral y de otra índole. En tal caso no hay verdadero conflicto entre la investigación científica de la realidad y el imperativo de humanidad que a veces se le opone. Son en principio reconciliables, opuestas en disyunción excluyente a la obligación propia de su vocación y que le impidan cumplir con esta última. En una palabra, no hay dilema irresoluble —sólo se producen conflictos en casos de ignorancia, falta de ponderación o prejuicio.